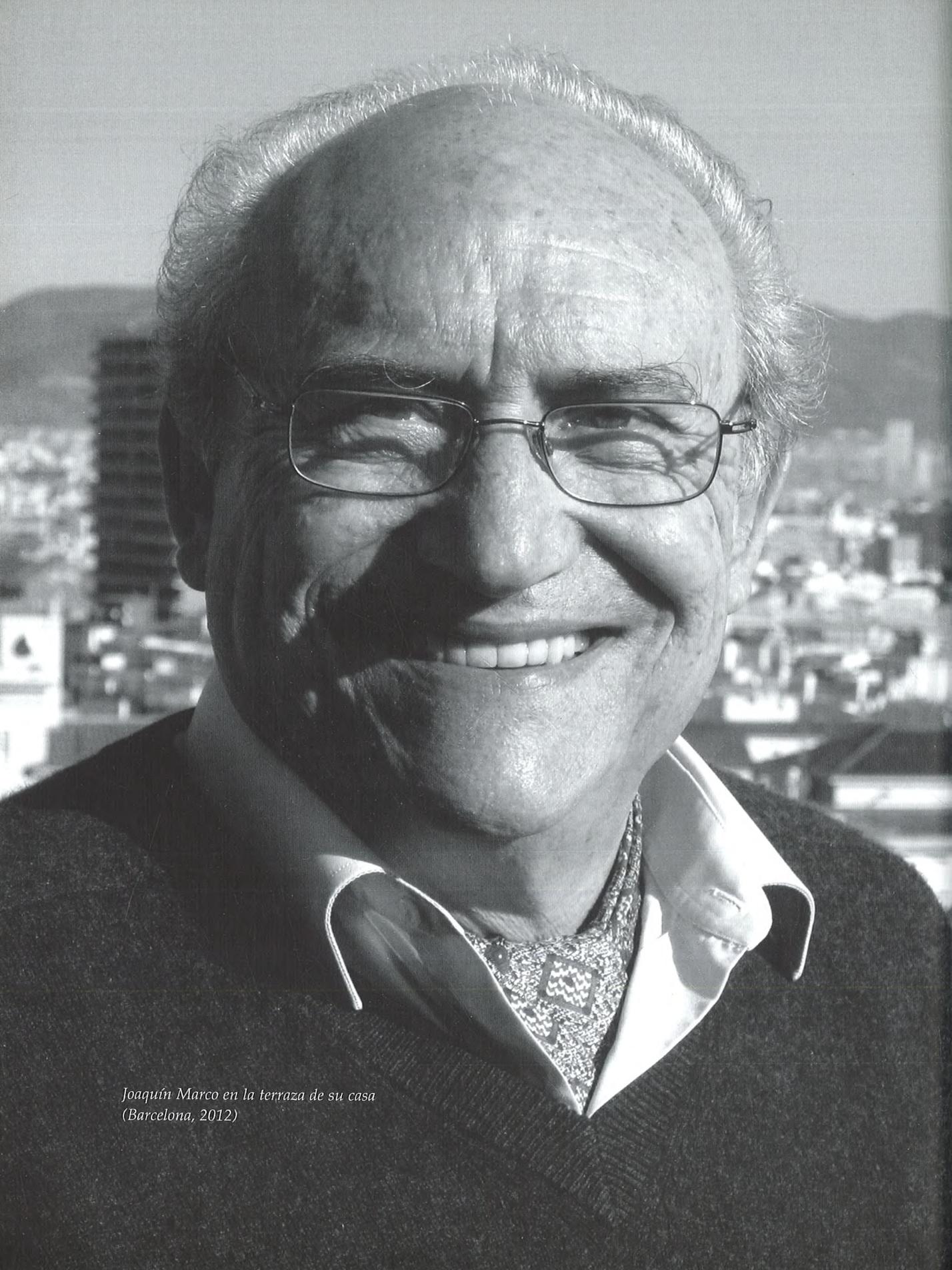


• Jaume Pont y Josep M. Sala-Valldaura

JOAQUÍN MARCO,
por los viejos barrios
de la belleza



*Joaquín Marco en la terraza de su casa
(Barcelona, 2012)*

JOAQUÍN MARCO, por los viejos barrios de la belleza

En *El crítico peregrino. Leer y escribir sobre narrativa española* (2009), Joaquín Marco (Barcelona, 1935) aseveraba: “Quien no lea, nunca llegará a vivir con intensidad la aventura de existir en otros tiempos, de poseer tantas personalidades, de sufrir y gozar, de andar por la vida como sobre una nube: la de la imaginación ajena”. Son palabras de alguien que ha dedicado su vida a la literatura, y no sólo como poeta y director de una de las colecciones más importantes de la poesía española contemporánea, sino también como crítico literario, editor y catedrático en la Universidad de Barcelona.

Como catedrático, hoy emérito, Joaquín Marco heredó de su maestro, el doctor José Manuel Blecua Teijeiro, la generosidad de compartir el saber más allá de las aulas. Los consejos en las largas conversaciones de su despacho o de su casa han orientado a lo largo de varias décadas a muchos de quienes se acercaron a él, empujados por un entusiasmo compartido por la cultura. Ha cultivado la crítica literaria y la investigación. Desde títulos como *Nueva literatura en España y América* (1972), *Antología de la poesía romántica española* (1973), *El modernisme literari i altres assaigs* (1983) o los dos indispensables volúmenes de *Literatura popular en España en los siglos XVIII y XIX (Una aproximación a los pliegos de cordel)*, de 1977, hasta la edición, con Jordi Gracia, *La llegada de los bárbaros. La recepción de la literatura hispanoamericana en España, 1960-1981*, de 2004, son muchos los campos que ha abierto y estudiado para un mejor conocimiento de las letras de los tres últimos siglos.

Como crítico literario, su “peregrinaje” le ha llevado a ejercer durante medio siglo en *La Vanguardia*, *El Periódico de Catalunya*, *ABC* o en “El Cultural” de *La Razón* y *El Mundo*. Con todo, no se puede olvidar la tarea de Marco como colaborador y director de las páginas de crítica del semanario *Destino*, entre 1968 y



1980. En esta revista, en *Ínsula*, en los periódicos y en muchas otras páginas y conferencias, ha dejado testimonio de su pionero interés por la narrativa española del exilio, por la novela iberoamericana o por la recuperación de las letras catalanas.

En el mundo editorial, trabajó en Seix & Barral, dirigió la editorial Salvat y fundó Llibres de Sinera. Quien se precie de amar la poesía y viviera las décadas de los setenta y ochenta, guardará en su memoria la inolvidable colección "Ocnos", con la que Marco abrió las puertas tanto a grandes figuras hispanoamericanas como a la renovación estética de aquellos años. Formaron parte de su consejo de redacción Jaime Gil de Biedma, Pere Gimferrer, Manuel Vázquez Montalbán o José Agustín Goytisolo.

Pero por encima de todo, Joaquín Marco es poeta. Un autor probablemente perjudicado por no resultar fácilmente clasificable: nació algo después de la llamada generación del medio siglo, justo antes de la guerra civil, y su creación, destilada con rigor en pocos libros, se escapa a cualquier intento de simplificación estética. Su obra poética se inició en 1961 con *Fiesta en la calle*, libro al que siguieron, *Abrir una ventana a veces no es sencillo* (1965), *Algunos crímenes y otros poemas* (1971), *Aire sin voz* (1974), *Esta noche* (1978), *El significado de nuestro presente* (1983) y *El muro de Berlín* (2003), todos ellos reunidos en *Poesía secreta: 1961-2004* (2010).

Al abrigo de la confianza en la belleza poética y desde la intemperie del escepticismo con que encara las circunstancias de nuestra realidad, la obra poética de Marco es condensada, llena de ángulos y aristas. Es capaz de aunar narración, lirismo y hasta disposición dramática en un mismo poema, puede pisar los terrenos de la antipoesía y experimentar con recursos paralingüísticos o de adscripción vanguardista. No hay parcela temática que no pueda tratar: la ciencia ficción, el relato policíaco, los crímenes y aquellos espacios distintivos de la cultura popular (*cómics*, cine, canción, etc.), dan pie a una poesía a veces elegíaca, en ocasiones irónica, pero siempre única y distinguible. El aforismo, la sentencia que esencializa una profunda reflexión y el fragmento conviven o se alternan con construcciones métricas, aproximaciones a la canción o referencias paródicas a algunos tópicos.

Joaquín Marco es, a la par, un maestro y un innovador del lenguaje poético, al que se acerca y se distancia desde un pesimismo que no oculta el hondo afecto que siente por la fragilidad humana. "Y contra el tiempo, por amor, proclamas la belleza", afirma y cumple en sus versos. Quienes lo conocen pueden comprobar hasta qué punto se asemeja su poesía a su manera de ser: una corteza de causticidad consternada recubre a un ser generoso, cordial y tierno. Al fondo, las calles y los amigos del viejo barrio, el Raval, en que nació.

–“¡Ah, los fríos inviernos de los años cuarenta!”, leemos en uno de tus versos. En tus dos primeros poemarios, *Fiesta en la calle*, de 1961, y *Abrir una ventana* a veces no es sencillo, de 1965, reflejas y denuncias la realidad de tu infancia. ¿Cómo la recuerdas?

–La verdad es que por la fecha de mi nacimiento poseo unos muy pocos recuerdos de los tiempos de la guerra civil, pero algunos más de los años cuarenta que fueron muy duros, incluso para un niño. Mi infancia no fue el “paraíso” que otros dicen recordar. Durante la guerra, acompañado de mi abuela, huimos del barrio de aquella Barcelona bombardeada y pasamos de un lugar a otro, en el Vallès, hasta que permanecí un tiempo aislado de mis padres, porque otro bombardeo en la estación de Centelles hirió a mi abuela. A los tres años había aprendido a leer en especiales circunstancias. Creo que fue la experiencia que más tarde marcaría mi vida. Tengo algunos recuerdos de los años cuarenta y uno de ellos es el frío. Creo que entonces hacía más frío en Barcelona que ahora. No viví plenamente la vida de barrio, en una calle próxima a la de Manuel Vázquez Montalbán, a quien conocí apenas llegó a la Universidad, cuando contaba diecisiete años. He escrito algunos poemas sobre aquel barrio que ya no existe como tal. El espacio de la casa donde nací lo ocupa ahora un plátano. Permanecí en él hasta pasados los treinta años, pero la etapa inicial, mi infancia, fue la de los vencidos, del estraperlo y el hambre. Pasaba las largas vacaciones veraniegas en Porrera, en la provincia de Tarragona. Eran meses aburridísimos, pero los “forasteros” de Barcelona o Madrid llegamos a formar pandillas. Allí descubrí algunas ediciones de Pérez Galdós, que aún conservo, y el duro trabajo de un campo pobre, de una estética que inclinaba a la resistencia y a la melancolía.

–¿Qué autores y lecturas o qué relaciones con otros escritores influyeron en tus comienzos poéticos?

–El poeta de referencia en mis primeras intentonas poéticas fue Juan Ramón Jiménez. Leí la *Antología*, que había publicado en Espasa-Calpe, como una novela, de un tirón. Pero el poeta de referencia en mis inicios era, como para tantos, Blas de Otero. Le conocí personalmente en Reus, en la masía de los Carandell, a los veintiún años y luego nos vimos a menudo en Barcelona, donde vivió un tiempo. En cierto modo *Fiesta en la calle* no esconde en ningún momento su huella. El libro, publicado 1961 en la colección “Fe de Vida” que editaba Joaquim Horta y dirigía Josep M^a Castellet, contenía poemas de 1956 y 1957 y una parte, de 1960, escritos en la cárcel de Carabanchel. Esta, mi primera entrega, fue en realidad la última de la colección, y había sido precedida por el primer libro de Jaime Gil de Biedma, *Compañeros de viaje*. En aquella época tuve muy buena relación con Carlos Barral,



Jaime Gil y José Agustín Goytisolo. Mi segundo libro es ya más prosaico y narrativo. Mantuve largas conversaciones con Jaime Gil sobre la poesía y, en especial, sobre la ausencia de la narrativa en la española. Y también sobre la ironía que él bebía de la poesía inglesa y que, sin un propósito consciente, me brotaba al escribir. Éramos ya conscientes de que la lírica requería otra dicción. Pero, por entonces, yo había asimilado ya la poesía del 27 que había podido leer, otras estéticas y una nunca olvidada preferencia por Antonio Machado. La llegada de José Batlló, desde Sevilla, con la idea de seguir una revista y montar una colección de poesía, “El Bardo”, donde publiqué el segundo libro significó un refuerzo de la actividad poética en Barcelona. Antes, sin embargo, fueron muy importantes las lecturas de algunos poetas en la Universidad: desde Salvador Espriu a Jaime Gil de Biedma. No sé si se ha valorado suficientemente la labor de Batlló, pero en el comité editorial y alrededor de la colección se conectó con los poetas de la izquierda con algunos problemas de censura, aunque los posibles lectores fueran minoría.

–Desde *Algunos crímenes y otros poemas*, de 1971, o en *Aire sin voz*, de 1974, tu poesía acoge la expresión narrativa, la antipoesía, el humor negro, la fragmentación, la ruptura sarcástica mediante el prosaísmo... ¿Tienes consciencia de la novedad expresiva y hasta temática que tu obra representa en el panorama de las letras españolas de esos años? –Quizá mis libros *Algunos crímenes y otros poemas* y *Aire sin voz* abren vías más experimentales, pero éstos se publicaron más tarde, ya en “Ocnos”. En mi segundo libro acentué el carácter narrativo y en el siguiente experimenté con fórmulas como la novela negra –convertida en poema- y la ciencia-ficción. Unos pocos ejemplos me bastaban, de modo que quienes creían necesaria la unidad del libro, tan característica del 27, podían sentirse defraudados. Descubrí la antipoesía en Campoamor, mucho antes de leer a Nicanor Parra. El prosaísmo era intencionado, aunque mantuve siempre la idea de una musicalidad que lo distanciara de la prosa. Me resultaba demasiado fácil recurrir a la imaginación y creí – y aún sigo en ello- que el poema requiere un escenario, a poder ser dramático. Deseaba descubrir también una cierta novedad expresiva, pero soy consciente del eco que llegó a tener. Los libros circularon y no se vendieron mal, pero la crítica nunca logró ubicarme.

Jamás me he presentado a un premio de poesía y, por consiguiente, no lo he recibido. Tampoco, viviendo en Cataluña y escribiendo en castellano, he merecido la atención de las instituciones, que, sin embargo, se mostraron generosas, dada mi inicial aportación a la difusión y al estudio de la literatura catalana, con la “Creu de Sant Jordi”, que me concedió la Generalitat en su etapa maragalliana.

–Al hilo de lo que acabas de decir, ¿crees que te ha perjudicado esa “tierra de nadie” en que la crítica aparca a autores como tú, difícilmente encasillables dentro de las etiquetas generacionales?

–El método generacional, que con tanto entusiasmo se ha practicado en la historia literaria española en el ámbito contemporáneo, pudo resultar didáctico en otros tiempos. Pero gracias a él hemos venido perdiendo numerosos autores. Obsérvese ya en las generaciones del 68, del 98, del 27 y las que siguieron. Yo nací con la República, soy poco consciente –salvo escasos episodios- de la Guerra Civil, me formé durante el franquismo, al que combatí, y llegué a la democracia en la madurez. La política y el desencanto han sido determinantes en mi vida. La crítica literaria de nuestro tiempo no sé si no ha podido o sabido colocar a cada uno en su celdilla. Luché contra el mecanicismo generacional, a menudo tan reduccionista, con escaso éxito por lo que se puede ver. Pero lo que cuenta es la obra así como los silencios que la rodean.

–La tuya es una mirada bastante descreída sobre los ámbitos generacionales y sus representaciones críticas. Es fácil suponer que ese descreimiento lo haces extensible a la “generación de los 50” y, por pura proximidad cronológica y territorial, a la llamada “escuela de Barcelona”...

–No formé parte de la “generación de los 50” ni de los “novísimos”, porque Castellet eligió, con o sin razón, para su antología de “novísimos” el año 1939. Además, pretendí ser poeta y, a la vez, editor de una colección y no existe peor combinación.

–Te refieres, claro, a “Ocnos”, que tú dirigiste y que ha sido una de las colecciones más importantes de la poesía hispánica contemporánea. En su consejo de redacción figuraron, entre otros, Jaime Gil de Biedma, José Ángel Valente, Manuel Vázquez Montalbán, Pere Gimferrer... ¿Podrías explicarnos los objetivos de “Ocnos”? Y desde la perspectiva que los años confieren, ¿qué logros cabría subrayar?

–Aquella colección poética, “Ocnos”, donde, en su comité, convivieron poetas de la promoción de los 50 y algún “novísimo”, como Vázquez Montalbán y Gimferrer, bien merecería hoy un estudio. Mi intención fue sumar a los nombres de los poetas españoles (Lorca, Alberti, Guillén, Gimferrer, Carnero o Siles) los poetas de Latinoamérica y algunas traducciones. Se publicó a Borges, pero también a Lezama Lima, Alejandra Pizarnik o Antonio Cisneros. En una primera etapa colaboró conmigo José Agustín Goytisolo. Y la generosidad de Carlos Barral o Esther Tusquets permitió que, vagabunda por motivos administrativos, fuera de



una marca a otra. Pero existía todavía un clima poético que ha ido difuminándose con el paso de los años.

–*Emilio Miró, a raíz de Algunos crímenes y otros poemas, observa que tus versos se revisten de humor amargo y sarcasmo, pero que en ellos se percibe una emoción velada pudorosamente. ¿Estás de acuerdo con este diagnóstico?*

–Recuerdo vagamente la crítica de Emilio Miró. Tenía razón en lo del sarcasmo y la emoción velada. También Julio Cortázar en una carta que utilicé como prólogo a *Poesía secreta*, en la que pretendí reunir mi obra, aludía a esta emoción reprimida. Él lo califica, con excesiva generosidad, como un “sentimiento de pudor” o de “una manera llena de delicadeza y de recato que no me parece frecuente en los poetas españoles contemporáneos”. Pero creo que captó perfectamente una actitud ante el poema que implica también algo de timidez. Sé siempre cuando escribo la distancia que me separa de los poetas “mayores”. Ni siquiera mi obra, en conjunto, es voluminosa. Y con la edición de *Poesía secreta* no logré lo que pretendía. El libro apareció pocos días antes de que se cerrara la editorial Bruguera y despidieran a Ana M^a Moix, su directora. El volumen, lleno de erratas, apenas si apareció por las librerías. Además, yo escribo poco, a ráfagas, con la conciencia de que casi todo está ya dicho y lo que puede faltar se me escapará. Tal vez tenga una impresión excesivamente crítica de lo que voy haciendo y que me lleva a relativizar el poema.

–*Aire sin voz cruza la sima profunda que separa nuestros deseos de nuestra realidad y constata el caos interior y exterior. El contexto histórico, como El muro de Berlín de 2003 ratifica, nos hace pensar en un final, en la descomposición de unos valores morales, en el triunfo de la apariencia sobre la verdad... Tu poesía, ¿puede leerse en parte como un ensayo de despedida de una civilización?*

–Me temo que cuando escribí *Aire sin voz* anticipaba, sin ser consciente de ello, *El muro de Berlín*: el fin de una etapa. No se si adiviné la “despedida de una civilización”, pero la gran crisis que se vive económicamente a inicios del nuevo milenio parece indicar que las transformaciones que se están operando van más allá de una crisis bancaria, de la decadencia de la construcción o del empobrecimiento de Occidente. La caída del muro berlinés fue un síntoma o símbolo de lo que llegaría más tarde. Fue el fin de todo un sistema de vida y de una cultura que se agrieta. El mundo clásico (yo todavía estudié siete años de latín y dos de griego en el bachillerato) ha desaparecido del horizonte cultural y no va a volver. La literatura se está convirtiendo en un supermercado de los libros más vendidos. Desaparecieron

los semanarios literarios y artísticos, las revistas de prestigio. En mi infancia, hasta los periódicos reservaban un espacio para la poesía. No han surgido nuevas ideas o no sabemos ni siquiera cómo van a ser. Los supervivientes de mi promoción han podido observar el desgarrar cultural, la decadencia de un mundo que había resistido siglos. Tal vez no sabemos adaptarnos muy bien a las nuevas tecnologías, más próximas a los jóvenes, pero mantenemos en pie pasiones como la avaricia y un mundo tan corrupto como lo fue en etapas anteriores, aunque ahora con menos esperanzas. Me temo que la civilización occidental, si puede calificarse de tal modo, deberá ser reemplazada y modificada sustancialmente. Llegan nuevos aires y la poesía futura deberá adaptarse a los nuevos tiempos, aunque de momento nos faltan las ideas y las estéticas.

–“Entre la chatarra oxidada, / el significado de nuestro presente”. El paso del tiempo es uno de los motivos recurrentes de la poesía, también de la tuya. En tu libro El muro de Berlín acabas con este verso: “era la vida, racimos de fáciles promesas incumplidas”.

–Sí, por supuesto, el paso del tiempo nos lleva inevitablemente a la poesía, al deseo inconsciente de sobrevivir. Si alguien puede acogerse a una religión lo tiene mucho más sencillo. Pero sabemos que somos mortales y el tiempo en su devenir nos acerca a un fin inevitable. Yo creí, cuando era muy joven, que para escribir buena poesía era necesario también ser muy joven. Ésta es una idea romántica que consideré ejemplificada en Rimbaud. La implacable suma de años me ha llevado a retrasar en el tiempo esta consideración. Y creo, tal vez interesadamente, que las experiencias permiten una poesía más madura, una dicción más sólida. No me gustan mucho, sin embargo, los libros de la senectud de un Aleixandre o un Guillén. Tal vez la edad distorsione las apreciaciones y uno cree bailar mejor cuando está en el baile. Nada tiene, en sí, de poético el paso del tiempo, el camino que nos conduce a la decrepitud física y a ciertos olvidos, ya fruto de la edad. Sin embargo, la reflexión sobre el pasado, si es nostalgia de calidad y no una enfermedad decadencia, puede ofrecernos esa pátina que otorga valor a un objeto calificado como antiguo, no viejo. Pero nuestro presente parece ser el de “la chatarra olvidada”. Y no es el pesimismo de quien ha vivido ya demasiado o el desengaño, que sin duda también lo hay, sino la imagen de una meditada reflexión.

–Entre esa meditada reflexión y el pesimismo, la poesía parece resistirse a su desaparición. O como dices en dos inolvidables versos tuyos: “A pesar de los tiempos, ser poeta: / alcanzar la Belleza”. Son versos del poema “Cervantes reclama la poesía”, de El muro de Berlín, que quizás explican tu propósito más íntimo.



–No está tan claro hoy el significado de la Belleza como en el tiempo de Cervantes. Tal vez deberíamos considerar si existen ahora varios modelos de belleza y si éstos nos interesan o nos conmueven por unas u otras razones. ¿Cómo podríamos definir un poema bello: por el lenguaje, la imaginación, la utilización de los recursos tradicionales como la métrica, la rima, el ritmo? ¿Tal vez por todo ello? Alcanzar la Belleza es el propósito de cualquier artista. Conviene no confundir la poesía con otros géneros literarios, de gusto ya masivo y de menor intensidad. Pero cualquiera debe saber que es difícil elaborar no sólo un poema, sino un solo verso que golpeen la sensibilidad de un lector. Yo no he sido nunca un poeta de oficina, con horarios establecidos, que, como decía Neruda, se sentaba frente al papel en blanco empeñado en elaborar el poema de un libro unitario. Por el contrario, creo que, metido en un mundo tan complejo y en múltiples actividades, debe lanzarse a la vorágine poética cuando ya no le queda otro remedio. La Belleza debe ser inicialmente para uno mismo –mero narcisismo que luego acabarás despreciando- y, si se es consciente, sabes ya muy bien la entelequia que ello supone. La función de quien oye o lee es ya otra. Tal vez pueda descubrir lo impensado por el poeta, porque hay mucho automatismo en el acto de la creación, lo que le diferencia de otros géneros literarios.

–*En tu trayectoria se observa que no eres un poeta prolífico, que tus libros nacen de una necesidad creativa al margen de urgencias externas al puro proceso creador. Después de Poesía secreta (1961-2004), ¿has escrito algún libro?, ¿algunos poemas?*

–Después de *Poesía secreta* (1961-2004) aparecerá, espero, un nuevo libro en la editorial Visor que he titulado *Variaciones sobre un mismo paisaje*. Son poemas escritos en el nuevo milenio y, aunque se publiquen en 2011 o 2012 fueron creados algunos años antes, como es natural. Dejo siempre dormir unos años el material. Es quizá mi libro más extenso, porque el conjunto de mi obra es, en cuanto a volumen, modesta, como sus resultados. Tiendo a escribir a ráfagas y los interludios son considerables.

–*Paralelamente a tu tarea de poeta, has desarrollado una amplia e intensísima actividad en el mundo editorial: Seix & Barral, Salvat...*

–La verdad es que debería escribir una autobiografía para recobrar aquellos muchos años que pasé por el mundo editorial. Primero, en la editorial Seix-Barral, cuando colaboré en su comité de lectura capitaneado por el tándem, entonces, formado por Carlos Barral y Víctor Seix. De esta reunión de críticos y profesores de varias promociones ha hablado el propio Carlos en sus memorias. Allí estaban mis

no tan antiguos profesores de la Facultad como Joan Petit y Antonio Vilanova, críticos con los que había mantenido ya relaciones literarias como Josep M^a Castellet, poetas como José M^a Valverde, Jaime Gil de Biedma y Gabriel Ferrater, novelistas como Luis Goytisolo. Y cito sólo algunos nombres. Las reuniones eran divertidas y algo esnobs. Al tiempo, colaboraba en una enciclopedia literaria que dirigía Antoni Comas y Emili Teixidor en la editorial Salvat, que nunca llegó a publicarse. Yo había sido alumno de Jordi Rubió i Balaguer en unas clases de literatura catalana, casi clandestinas, que organizaba el semiprohibido Institut d'Estudis Catalans. Al regresar de un curso en la universidad de Liverpool, comencé a trabajar poco después en el equipo del Diccionario de Salvat, que dirigía Jordi Rubió, a quien habían expulsado de la Universidad y hasta de la dirección de la Biblioteca de Catalunya (entonces llamada Central) tras la Guerra Civil. Estuve casi tres años con él, que era un auténtico maestro, pero ya mayor para emprender la renovación que habían decidido los hermanos Salvat, de aquel departamento. Me ofrecieron la oportunidad de conformar un nuevo Diccionario y me convertí en un editor, reuní más de cien colaboradores en plantilla, y configuramos varias obras, el primero de los diccionarios en cuatro volúmenes, más tarde en doce; otro en veinte; otro en uno; otro, el primero, en catalán, con una promoción de carteles urbanos de Joan Miró. Y, a la vez, dirigí la colección RTVE, en colaboración simbólica con Alianza Editorial, de cien volúmenes; la BBS, de otros cien; otra colección de divulgación de amplia difusión internacional, etc. Salvat se convirtió en la octava o novena potencia editorial del mundo hasta que la vendió a Hachette. Y ello significó la desaparición de equipos y mercados. Participé también en la dirección de Llibres de Sinera, iniciada por Felip Puig y vinculada al prestigio de Salvador Espriu. Cuando desapareció, en una crisis económica, empecé, sirviéndome de su pie editorial, la colección Ocnos. Pero he participado, asimismo, en otras aventuras editoriales y revisteriles.

–Has publicado, desde la revista Destino y La Vanguardia hasta hoy, y a lo largo de más de cuatro décadas, centenares de críticas de la literatura catalana, española e iberoamericana.

–El primer artículo crítico que publiqué, dejando a un lado las fugaces aventuras universitarias, fue en *El Tiempo* de Bogotá: dos artículos sobre la novela española del momento, que nunca llegué a ver, aunque los cobré en dólares estadounidenses, gracias a mi amistad con un escritor colombiano que pasó un tiempo en Barcelona, Manuel Zapata Olivella. Y colaboré en *Destino* desde 1967. Fue Josep Vergés quien me pidió que sustituyera a Joan Fuster, quien se ocupaba de la crí-



tica de los no tan numerosos libros catalanes comparados con los de hoy que se publicaban. Poco después, tras la muerte de Vázquez Zamora, que se ocupaba de la literatura en español, me sugirió, de acuerdo con Néstor Luján, que dirigiera la sección de literatura de *Destino*, revista, por entonces, de gran influencia no sólo en Barcelona, aunque para ello necesité formar un equipo de colaboradores, entre los que estaban Luis Izquierdo, Álvarez Troyano, Nicanor Ancochea, José Luis Guarner y otros. Fueron años agradables, junto a Néstor, con quien comía a menudo para hablar de otras cosas. Él y Francesc Noy, que era entonces responsable, aunque no el director, de *La Gaceta Ilustrada* eran dos personajes de una cultura histórica y literaria enciclopédicas. Néstor, además de gastrónomo, había escrito sobre toros y colaboraba en multitud de publicaciones. Escribía tres artículos diarios y poseía una espléndida biblioteca. Desavenencias con Vergés me llevaron, de la mano de Néstor, hasta Horacio Sáenz Guerrero y a *La Vanguardia*, donde escribí el artículo que abría las páginas literarias, dirigidas entonces por Juan Ramón Masoliver durante algunos años. Ya había sido colaborador de *Diario de Barcelona*, escuela donde se formaron los mejores periodistas de las nuevas promociones. De *La Vanguardia* pasé de nuevo a *Destino*, cuando estuvo dirigido por Josep Pernaut, y participé en *El Periódico de Catalunya* durante su formación, y en él me mantuve algunos años como colaborador y como crítico, incluso de televisión, sustituyendo en esta materia a Manuel Vázquez Montalbán. Pasé a *ABC*, reclamado por Blanca Berasátegui y Luis María Ansón. Les acompañé en la aventura de “El Cultural” y de un nuevo periódico, *La Razón*. En la actualidad sigo publicando en “El Cultural”, ahora en *El Mundo*, aunque sólo con un artículo al mes y en *La Razón*, como colaborador habitual. El periodismo siempre ejerció una gran fascinación sobre mí. Me parecía fantástico poder escribir algo que al día siguiente aparecía en público y en los quioscos. Habré, pues, escrito muchísimo en cuanto a volumen, dejando aparte los abundantes prólogos, antologías y libros y el mucho material procedente de conferencias diversas y participaciones en congresos.

—¿Cuál es para ti el lugar de la crítica literaria?

—Creo, sin alejarme en exceso de Barthes, que la crítica constituye un subgénero literario, un mecanismo de análisis y, a la vez, de valoración estética. Claro está que hay muchas clases de crítica, desde la gacetilla informativa hasta la amplia reseña o el libro que entraría ya en el ámbito del ensayo o la historia. En todo caso, se sitúa en el complejo camino que va del libro al lector, junto al editor y a otras formas de paraliteratura. El crítico no deja de ser un lector más o menos especializado. Sin embargo, en los últimos años se está perdiendo, salvo excepciones, la

autoridad crítica y, en consecuencia, se manifiesta su desvalorización. Pero también se pierden otras jerarquías y hasta valores que sustentaron la excelencia literaria. Los mercados –y no sólo los financieros- han pervertido el núcleo de nuestro sistema. La poesía, sin embargo, quedó, desde hace tiempo, en una zona marginal; aunque también se mantenga un pequeño e impresentable mercadeo poético.

–Si ya los actuales son malos tiempos para la lírica, no creemos que los de la crítica sean mucho mejores...

–Sí, la crítica literaria se encuentra hoy en horas bajas, acompañando las de la consideración social de la literatura. En realidad tan sólo los muy adictos leen lo que escribimos en estas páginas o suplementos. Pero la inexistencia de revistas críticas literarias especializadas revela también las dificultades de su reconocimiento. No existen apenas críticos de referencia. Naturalmente, la organización y los equipos críticos de hoy están a leguas de distancia de los de antaño. Sin embargo, pese a su escasa influencia en las ventas, siguen existiendo críticos jóvenes y no tan jóvenes excelentes y ahora empieza a circular el mecanismo de los blogs literarios, en los que se ejerce también la crítica. Tal vez la nueva tecnología transforme en el futuro lo que a mí me sigue apasionando y a lo que no soy capaz de renunciar: el olor de la letra impresa.

–Has sido protagonista y testigo de la vida cultural barcelonesa desde los años cincuenta del pasado siglo. O mejor sería decir “de la vida cultural y política”. Tu compromiso político de izquierdas en la difícil singladura franquista, en el que se daban la mano el ciudadano, el profesor universitario, el crítico literario y el poeta, pagó el peaje de la cárcel. Tiempos para el olvido, tiempos para la memoria.

–Es muy acertado decir que he sido testigo. Me sentí testigo y pocas veces protagonista de la vida cultural y política barcelonesa. Fui jurado de múltiples premios literarios: el “Ciudad de Barcelona”, el “Alfaguara”, en la etapa de Camilo José Cela, los Nacional de Literatura, de la Crítica, de Euskadi, del Internacional Juan Rulfo, en México, en dos ocasiones. Siendo todavía universitario ingresé en la única fuerza antifranquista entonces solvente, el PSUC (que era la versión catalana del PCE). Como ya había sido sancionado por el encierro del Paraninfo de la Universidad de Barcelona con un expediente personal, la policía, durante uno de los Congresos del PCE que se celebró, creo que en Praga, me confundió con Jordi Solé Tura: ambos éramos jóvenes profesores, aunque en distintas facultades. Estuve en Carabanchel, en la misma redada en la que detuvieron a Luis Goytisolo y, trasladado de nuevo a Barcelona por la Guardia Civil, soporté un Consejo de



Guerra, en el que me absolvieron, tras pasar siete meses y medio en la cárcel con una huelga de hambre incluida y casi dos meses de aislamiento total. Volvería a ser expulsado años más tarde cuando se produjo en 1966 el encierro de estudiantes e intelectuales en el Convento de los Capuchinos de Sarriá para reclamar un sindicato libre de estudiantes. Compartí tres días de celda con José Agustín Goytisolo, el poeta Joan Oliver, Manuel Sacristán y otros. Fui detenido junto a mi maestro Jordi Rubió i Balaguer, que había vivido –según le contó a uno de los siniestros hermanos Creix, *jefes de la Brigada Política Social de Barcelona*– en aquel siniestro edificio de Vía Layetana, donde nos encontrábamos. Estuvieron también allí por unas horas Antoni Tàpies y Salvador Espriu. Pero, tras pasar por la cárcel, en París, de camino a la Universidad de Liverpool, donde coincidí con Juan Marsé, cerré mi etapa como militante de partido con López Raimundo. No he vuelto a formar parte de otra organización política, aunque mis simpatías políticas siguen teñidas por la nostalgia de lo que parece que no llegará a puerto ni lograré verlo. Recuerdo aquel aliento épico de los años fraternales, llenos de esperanza y de amigos perdidos y bastantes ya desaparecidos. El mundo intelectual estuvo altamente politizado y hubo, frente al franquismo, una solidaridad que se perdió en la transición o tal vez maduramos mal. Pero no hay por qué repudiar la ingenuidad.

–Eres actualmente catedrático emérito de Literatura española en la Universidad de Barcelona, en la que has trabajado durante más de cuarenta años. Contemplados desde hoy el estudiante y profesor que has sido, ¿cómo han evolucionado la Universidad, los estudios, los estudiantes, y su relación con la literatura...?

–Yo estudié primaria en una escuela pública, la escuela Milá y Fontanals, de la que recuerdo, tal vez idealizada, una imagen muy positiva. Tuvimos, en aquellos años de hierro, como libro para aprender a leer *Platero y yo*, en la edición infantil de Losada. Más tarde pasé a los escolapios de la Ronda de San Antonio, desde los nueve hasta los diecisiete años, cuando ya entré en la Universidad tras un duro Examen de Estado, como se denominaba la prueba. De mi curso de primaria en los escolapios fue Sergio Beser. Compartimos Facultad y hasta estancia en Inglaterra; él en Durham, aunque nos vimos varias veces. La suya se prolongó en otras universidades inglesas y en los Estados Unidos hasta su regreso a la Universidad Autónoma de Barcelona. Estuve en el concurso-oposición de su cátedra. Pero, salvo de un profesor que nos influyó extraordinariamente, no tengo buen recuerdo de aquel colegio de misa diaria, rosario, mes de María y ejercicios espirituales. En el único ejercicio espiritual al que asistí decidí estudiar Letras en la Universidad de Barcelona y convencí a Sergio para que hiciera lo mismo. Él prefería hacer estudios

para ingresar en el cuerpo de aduanas. Entré en aquella casa –única universidad catalana- y allí todavía voy de vez en cuando. Los patios y la edad de los alumnos no han cambiado. Pasé todas las dificultades que entrañaba la época. Tuve, como profesor no numerario (como se decía entonces), que compaginar la docencia con otros trabajos –editorial, prensa y todo lo demás-. Probé también las clases de Instituto. Todo parecía estimulante y compatible. En la Facultad, junto a profesores que prefiero no recordar, tuve algunos maestros: Antonio Vilanova, Josep Roca Pons (que emigró después a los EE.UU.), Vicens Vives, Martí de Riquer, Joan Petit, Joaquim Molas, Francesc Noy..., pero entré como profesor ayudante de la mano de José Manuel Blecua y él soportó mis ausencias carcelarias y una separación, aparentemente definitiva, con aquella dignidad que siempre le caracterizó y que mantienen sus hijos. Tuve suerte con los maestros y con los amigos. Y también con alumnos, que lograron cátedras y hoy están jubilados y otros que ejercieron o no. Añoro todavía aquel contacto con los jóvenes. La Universidad que viví no tiene nada que ver con la de hoy, ni en la estructura, ni en los magisterios. Todo ha evolucionado y confío en haber contribuido, aunque mínimamente, a la parte positiva del cambio. Fui durante unos pocos años Director de un Departamento en el que convivían Lengua y Literatura Hispánicas. Organicé algunos congresos, como el Internacional de Literatura Iberoamericana de 1992. Hice lo que pude y supe en tiempos duros, menos duros y hasta propicios. La Universidad actual mantiene vicios de origen, como la endogamia, difíciles de desterrar. La proliferación de Universidades tampoco fue un acierto y la decadencia de las Humanidades, según las entendimos, parece hoy evidente. Vivimos ahora una crisis profunda de valores, pero han de ser los jóvenes quienes han de darle la vuelta y cambiar –ya no sé cómo- la enseñanza universitaria. Se investiga más y mejor y los jóvenes deben entenderse siempre como una esperanza.

–Castellet ha afirmado en una entrevista reciente que los puentes intelectuales entre Cataluña y España están rotos. ¿Compartes su opinión?

–Castellet acostumbra a tener razón y posee una larga experiencia sobre el tema. Recuerdo, en los tiempos de la transición, una reunión en Sitges con Jaime Salinas y José Luis Giménez Frontón, diseñando lo que debían ser los Premios de la Crítica en cualquier lengua de España. Creo que, acertamos, porque el primero –si mal no recuerdo- se concedió a J.V. Foix. El nacionalismo catalán se encerró en sí mismo y, en general, eligió otros caminos. En la mal llamada “escuela de Barcelona” había un poeta en catalán esencial, Gabriel Ferrater. Con CiU y con la rivalidad de partidos a cual más nacionalista, los escritores, mal politizados, en catalán y en caste-



llano, se han ido distanciando y en Barcelona constituyen casi mundos separados. Antes, era frecuente ver en casa de Castellet o en la Universidad barcelonesa a Caballero Bonald, Alfonso Sastre, José Ángel Valente –a quien yo mismo visitaba con frecuencia en Ginebra, cuando acudía allí a supervisar un diccionario enciclopédico francés–, a Ángel González o a novelistas de los cincuenta: Carmen Martín Gaité, Sánchez Ferlosio, Alfonso Grosso, o de anteriores promociones como Cela, Torrente Ballester o Delibes. Incluso presenté en la Generalitat el último libro de Jorge Luis Borges. También las visitas de los escritores en castellano a Cataluña han disminuido o se han convertido en meros viajes de promoción. Barcelona ha perdido poder editorial en castellano, pese a que se mantienen algunos sellos tradicionales. Dudo que pueda recomponerse aquella relación entonces sin recelos, salvo excepciones personales, del mismo modo. Habría que empeñarse en ambas direcciones para descubrir nuevas fórmulas. Pero el nacionalismo español ignora y el catalán también. Se mira hacia París o Nueva York antes que a Madrid o a Barcelona, aunque, cínicamente, se haga de reojo.



*Joaquín Marco con los autores de la entrevista
(Barcelona, 2012)*